

Gilberto, el hermoso

– 21/03/2015 **POSTED IN:** ARTÍCULOS Y OPINIÓN

Por **María Aureliana Buendía**

La vida guerrillera es alterada por los sucesos de la guerra: un ataque, un asalto, una emboscada del enemigo; su cercanía inesperada, un bombardeo, un ametrallamiento... También por acciones nuestras, el alma pende de un hilo a la espera de resultados. Festejamos y celebramos como nadie los éxitos, porque son trabajados y sufridos, logrados en medio de enormes dificultades siempre contra un enemigo muy superior en medios y apoyos. Nos laceran las derrotas, lloramos nuestros muertos, nuestro corazón se llena de odio e indignación contenida por la disciplina y el compromiso político, nunca nadie en las Farc ha salido a tomar venganza por su propia mano.

Mataron a Gilberto. Nuestros enemigos mataron a Gilberto en medio del cese al fuego declarado y cumplido por las Farc para atenuar la guerra y hacer posible el proceso de paz. Santos, el criminal, sigue llenando la copa de nuestra paciencia. ¿Hasta cuándo?

Pudiera hacer el recuento de las acciones heroicas de Gilberto, de su intrepidez, de su ser guerrillero, de su Don de Mando, de sus capacidades para cumplir planes militares, de su entender político, de sus condiciones de líder popular, de su fidelidad a las Farc y a su pueblo.

Pero lo estoy recordando por un suceso simple, elemental, humano, del que tal vez él no fue plenamente consciente.

Hace más de 25 años coincidimos con Gilberto en uno de los campamentos del Secretariado del Estado Mayor Central de las Farc en Casa Verde, sede de diálogos de paz y arrasada a sangre y fuego por el Gobierno de César Gaviria junto con los anhelos de paz del pueblo colombiano.

Allí estaba reunido un gran contingente guerrillero garantizando en primer lugar la seguridad del Secretariado, pagando guardia, cavando trincheras, haciendo inteligencia de combate, remolcando comida, armas municiones, etc. Una parte de la guerrillerada, como es usual en las Farc, estaba dedicada a la agricultura, a la ganadería, a cuidar aves, cerdos, caballos y mulas, es decir, a garantizar la supervivencia en caso de un bloqueo enemigo. Todos los guerrilleros pasamos por cursos políticos y militares, de organización, de comunicaciones, de propaganda, de enfermería, de talabartería, talleres, etc.

Unos dos tercios de esa guerrilla estaba compuesta por mujeres y ahí en ese sector femenino fue donde Gilberto produjo una especie de cataclismo. Apareció como un espejismo, con su metro ochenta de estatura y su piel canela brillante; para morir en ellos, los ojos negros y profundos. Las guerrilleras supieron de inmediato que su equipo pesaba no tres arrobas, sino cinco, que su fusil tenía más poder de fuego que cualquier automático, que en la frente no tenía gotas de sudor sino perlas, que sin pérdida de tiempo, había que trazar una táctica y una estrategia para “quedarme en tu recuerdo, no sé cómo ni sé, con qué pretexto, pero quedarme en vos”.

Todas amamos a Gilberto con más o menos esperanzas, porque el amor es contagioso. Las casadas disimuladamente se arreglaban las fornituras a su paso, las ennoviadas les rompieron el corazón a sus enamorados, las solteras sacaron del equipo perfumes, pulseras y diademas, evillas del pelo (hubo avalancha de

sanciones por pasar a formación sin cachucha), delineadores de ojos, labiales. Las feromonas invadían todos los espacios, realmente era difícil respirar en el aula durante la hora cultural.

Llegó la hora, la que rompe los sueños. Gilberto partía en misión, no podíamos saber por cuanto tiempo, ni para donde. Hicimos lo que hacen todas las mujeres del mundo en las mismas circunstancias: llorar.

Llorar en la guardia y en la avanzada, llorar frente a la máquina de escribir (no habían computadores), llorar en la marcha, llorar en la huerta, llorar en el caño, llorar a lagrima viva.

Ahora y en tregua lo mataron. Apretamos los labios para no llorar. Jamás nos podrán quitar su sonrisa de sol.